

que resistieron algun tiempo en la altura de la Atalaya; pero que rotos al fin y penetrados por todas partes, disipáronse á la ventura. 800 hombres quedaron heridos, ó muertos en el campo; 3000 prisioneros, de ellos muchos oficiales con el general Viñes; otros dispersáronse ó se acogieron á las plazas inmediatas. Cañones, muchos fusiles, bagage, municiones, todo fué presa del enemigo. Salvóse en Campomayor con alguna gente Don Carlos de España; en Yelves Butron y 800 hombres con Don Pablo Morillo que dió en tan aciago dia repetidas pruebas de valentía y ánimo sereno.

La pelea comenzada á las ocho de la mañana, terminóse una hora despues, no habiendo costado á los franceses mas de 400 hombres: pelea ignominiosamente pérdida, y por la que se levantó contra Mendizabal un clamor universal harto justo. Fué causa de tamaño infortunio singular impericia, que no disculpan ni los brios personales ni la buena intencion de aquel desventurado general. Llamaron unos esta accion la del Gévora, otros la de San Cristobal: los españoles casi solo la conocieron bajo el nombre de la del 19 de febrero.

Ganada la batalla, bloqueó la plaza el mariscal Soult por la derecha del Guadiana, aseguró con puentes las comunicaciones de ambas orillas, y continuó el sitio reposadamente.

Creyó tambien que los ánimos se amilanarian con la derrota de Mendizabal, y envió un parlamento con nuevas propuestas. Mas Don Rafael Mé-

nacho manteniéndose impávido, no le admitió; y habitantes y militares merecieron á porfia ser colocados al lado de tan digno caudillo.

Hubo diversos hechos muy señalados. Digno es de contarse entre ellos el de Don Miguel Fonturvel, teniente de artillería de la brigada de Canarias. De avanzada edad, pidió no obstant que se le confiase uno de los puestos de mas riesgo; y perdiendo las dos piernas y un brazo, así mutilado; animaba ántes de espirar á sus soldados, y exclamó mientras pudo con interrumpidos acentos: „¡Viva la patria! contento muelo por ella.”

Fonturvel
Badajoz.

Los enemigos proseguian en sus trabajos, y se enderezaban principalmente contra los baluartes de San Juan y Santiago. El 26 extendiéndose por allí y batiendo la plaza con vivo cañoneo, se prendió fuego á un repuesto detras de uno de los baluartes; pero la presencia inmediata de Menacho impidió el desórden y evitó desgracias. Valeroso y activo este gefe, disponiase á defender la ciudad hasta por dentro, y cortó calles, atronó casas y tomó otras medidas no ménos vigorosas.

Todo anunciaba que llevaria al cabo su propósito, cuando el 4 de marzo observando desde el muro una salida en que se causó bastante daño al enemigo, cayó muerto de una bala de cañon. Glorioso remate de su anterior é ilustre carrera, y pérdida irreparable en tan apretadas circunstancias. Las córtes hicieron mencion honrosa del nombre de Menacho, y premiaron á su familia debidamente.

Muerte gloriosa de Menacho.

Sucedíole Imaz. Sucedióle el mariscal de campo Don José de Imaz, que correspondió de mala manera á tamaña confianza; pues capituló el 10, no aportillada bastante la brecha en la cortina de Santiago, ni maltratados todavía los flancos; y á tiempo en que por telégrafo se le avisó de Yelves que Massena se retiraba, y que la plaza de Badajoz no tardaría en ser socorrida.

Quiso Imaz cubrir su mengua con el dictámen del comandante de ingenieros Don Julian Albo y el de otros gefes que estuvieron por rendirse. No así Caamaño el de artillería, que dijo: „Pruébese un „asalto, ó abrámonos paso por medio de las filas „enemigas.” Igualmente fué elevado y noble el parecer del general Don Juan José Garcia, que si bien anciano, expresó con brio: „Defendamos á Badajoz hasta perder la vida.” Mas Imaz con inexplicable contradicción, votando en el consejo, que al efecto se celebró, con los dos últimos gefes, entregó la plaza en el mismo día sin que hubiese para ello nuevo motivo. Como gobernador solo á él tocaba decidir en la materia, y él era el único y verdadero responsable. Equivocóse si creyó que resolviendo de un modo y votando de otro, conservaría al mismo tiempo intactos su buen nombre y su persona. Formósele causa, que duró, segun tenemos entendido, hasta la vuelta del rey Fernando á España, caminando y terminándose al son de tantas otras de la misma clase.

Ocuparon los franceses á Badajoz el 11 de mar-

Ríndese Badajoz.

zo. Salieron por la brecha y rindieron las armas 7135 hombres: habia en los hospitales 1100 enfermos, y en la plaza 170 piezas de artillería con municiones bastantes de boca y guerra.

En seguida el general Latour-Moubourg marchó sobre Alburquerque y Valencia de Alcántara, de que se apoderó en breve, no hallándose aquellas antiguas y malas plazas en verdadero estado de defensa. El mariscal Mortier sitió el 12 de marzo á Campomayor. Guarnecian el recinto, de suyo débil, unos pocos soldados de milicias y ordenanzas, y era gobernador el valeroso portugues José Joaquin Talaya. Los enemigos situaron sus baterías á medio tiro de fusil, amparados de las ruinas del fuerte de San Juan, demolido en la guerra de 1800. Intimaron inútilmente la rendición el 15, y arrojando sin cesar dentro infinidad de bombas, y batiendo el muro con vivísimo y continuado fuego, abrieron el 21 brecha muy practicable. Pronto al asalto, no quiso todavía entregarse el bizarro gobernador, no obstante sus cortos medios y escasa tropa: y solo ofreció que se rendiría si pasadas veinticuatro horas no le hubiese llegado socorro. Frustrada esta esperanza, salió por la brecha, cumplido el plazo, con unos 600 hombres entre milicianos y ordenanzas, que era toda su gente.

Nuevos cuidados llamaron á Sevilla al mariscal Soult. Luego que este se ausentó de aquella ciudad, tratóse en Cádiz de distraer las fuerzas de la línea sitiadora y aun de obligar al enemigo, si ser podía,

Ocupan los franceses otros puntos.

Sito y capitulación de Campomayor.

Acontecimientos en Andalucía.

á alzar el campo. Pensóse llevar á efecto tal propósito al fenecer enero, y obraban de acuerdo españoles é ingleses. En consecuencia partió de Cádiz alguna tropa que desembarcó en Algeciras; y que con otra gente de la serranía de Ronda formó la primera division del 4.º ejército á las órdenes de Don Antonio Begines de los Rios. Debiendo este gefe dar la señal de los movimientos proyectados, marchó sobre Medinasidonia, y el 29 del mismo enero rechazó á los franceses cogiéndoles 150 hombres. El mayor ingles Brown que continuaba gobernando á Tarifa, apoyó la maniobra avanzando á Casas Viejas. Paró allí esta tentativa, habiéndose retardado la ejecucion del plan principal.

Expedicion
y campaña de
la Barrosa.

Un mes transcurrió ántes de que se realizase; mas entónces combinóse de modo que todos se lisonjaban con la esperauza de que tuviese buena salida. Debía componerse la expedicion de las indicadas tropas de Begines y Brown, y de las que acompañasen de la Isla y Cádiz á los generales Graham y Don Manuel de la Peña. Había el último de mandar en gefe, como quien llevaba mayor fuerza; y escogióle la regencia no tanto por su mérito militar, cuanto por ser de índole conciliadora y dócil bastante para escuchar los consejos que le diese el general ingles, mas experto y superior en luces.

Las tropas británicas fueron las primeras que dieron la vela; luego las españolas el 26 de febrero. Conducia nuestra expedicion de mar el capitán de

navío Don Francisco Maurelle; escoltábanla la corbeta de guerra Diana y algunas fuerzas sutiles, y la componian mas de 200 buques. Navegó la expedicion con el mayor órden, y pusieron las tropas pié en tierra en Tarifa al anochecer del 27. Incorporáronse allí á los nuestros el cuerpo principal de los ingleses, y efectos y tropa de algunos buques que impelidos del viento y corrientes del Estrecho, habian aportado á Algeciras.

Reunido en Tarifa todo el ejército combinado, excepto la division de Begines que se unió el 2 de marzo en Casas Viejas, ditribuyóle el general la Peña en tres trozos, vanguardia, centro ó cuerpo de batalla y reserva. La primera la guiaba Don José de Lardizabal, el centro el príncipe de Anglona y la última el general Graham. En todo con los de Begines 11,200 infantes, entre ellos 4300 ingleses. Habia ademas 800 hombres de caballería, 600 nuestros, los otros de los aliados: mandaba los ginetes el mariscal de campo Don Santiago Whittingham. Se contaban 24 piezas de artillería.

Púsose el 28 en marcha el ejército con direccion al puerto de Facinas, por cuyo sitio atraviesa, partiendo del mar á las sierras de Ronda, la cordillera que termina al ocaso el campo de Gibraltar. Desde ella se descende á las espaciosas llanuras que se dilatan hasta cerca de Chiclana, Santi Petri y faldas del cerro de Medinasidonia; adonde descolgándose de las sierras arroyos y torrentes, atajan y cortan la tierra, y causan pantanos y bar-

ranqueras. Con la muchedumbre y union de las vertientes fórmanse, sobre todo en aquella estacion, rios de bastante caudal, como el Barbate que recoge las aguas de la laguna de Janda. Estos tropiezos y el fatal estado de los caminos, malos de suyo, retardaron la marcha, particularmente de la artillería.

De Facinas podia el ejército dirigirse sobre Medinasinonia por Casas Viejas, ó sobre Santi Petri y Chiclana por la costa siguiendo la vuelta de Veger. Evacuaron precipitadamente los franceses este pueblo el 2 de marzo, amenazados por algunas tropas nuestras, al paso que el grueso del ejército marchaba á Casas Viejas, camino que al principio se resolvió tomar. De aquí fueron tambien arrojados los enemigos, y se les cogieron unos cuantos prisioneros, dos piezas y repuestos de vituallas.

En las alturas frente á Casas Viejas y á la izquierda del Barbate, permaneció el ejército combinado hasta la mañana del 3: en cuyo tiempo desistiendo el general en jefe de proseguir por el mismo camino de ántes, emprendió la marcha por Veger, orillas de la mar; y solo destacó hácia Medina para alucinar á los franceses que la ocupaban, el batallon ligero de Alburquerque y el escuadron de voluntarios de Madrid.

Desaprobaron muchos que se hubiese mudado de rumbo, en la persuasion de que era preferible la primera ruta, que daba á espaldas del enemigo y se apoyaba en la serranía de Ronda, baluarte natural

y con los arrimos de Gibraltar y Tarifa. No pareció díscolpa la circunstancia de ser Medina posicion fuerte y estar artillada con 7 piezas, pues además de que no hubiera resistido á la acometida del ejército combinado, tampoco se necesitaba tomar empeño en su conquista, sino solamente observar lo que allí se hacia. Yendo por aquella parte se podia tambien contar con la belicosa y bien dispuesta poblacion de la sierra; y en caso de mala ventura no corria nuestra tropa riesgo de ser acorralada contra insuperables obstáculos, como era el de la mar del lado de Veger y Santi Petri. Mas la Peña, hombre pusilánime y sobrado meticoloso, quiso ante todo abrir comunicacion con la Isla, creyéndose mas seguro en la vecindad de tan inexpugnable abrigo; y desconociendo que, si acontecia algun descalabro, la confusion y el tropel no permitirian ni oportuna ni dichosa retirada.

Habia quedado mandando en la Isla Don José de Zayas con órden de ejecutar movimientos aparentes en toda la línea, ayudado de las fuerzas de mar. Tenia igualmente encargo de echar un puente de barcas al embocadero de Santi Petri, en cuya orilla izquierda enseñoreada por los franceses forma el rio, la mar y el caño de Alcornocal una lengua de tierra que habian con flechas cortado aquellos, dueños tambien de la torre y colinas de Bermeja, colocadas á la espalda. Nuestra posicion en la orilla derecha dominaba la de los contrarios; y dos fuertes baterías y el castillo de Santi Pe.

tri barrián el terreno hasta las indicadas flechas.

Establecióse conforme á lo prevenido y en el parage insinuado, un puente flotante bajo la direccion del capitan de navío Don Timoteo Roch; y desde el 2 de marzo comenzaron ya las fuerzas de mar de los diversos apostaderos del rio de Santi Petri á hostilizar la costa: mas en la noche despues de echado el puente, por descuido ó por otra razon que ignoramos, asaltando tiradores franceses á 250 españoles que le custodiaban, fueron sorprendidos estos y hechos prisioneros. Se tuvo á dicha que no penetrasen los enemigos mas adelante, pues con la oscuridad y el desórden, ya que no se hubiesen apoderado de la Isla, por lo ménos hubieran causado mayores daños.

De resultas mandó Zayas cortar algunas barcas del puente, no sabiendo tampoco de fijo el paradero del ejército expedicionario. Como el primer pensamiento acerca de la marcha de este fué el de ejecutarla por Medina, habiase al partir convenido que las tropas aliadas advertirian su llegada á aquel punto por medio de señales, que no se verificaron cambiado el plan. Un oficial que envió la Peña para avisar dicha mudanza, detuviéronle los ingleses dos dias en el mar, pareciéndoles emisario sospechoso. Esto y el haber cortado algunas barcas del puente, impidió que de la Isla se auxiliasen con la prontitud deseada las operaciones de afuera.

A la caída de la tarde del 4 de marzo tomó el ejército expedicionario el camino de Conil, conti-

nuando despues la vuelta de Santi Patri. Acompañaban á las tropas muchos patriotas y escopeteros de los pueblos inmediatos y de la sierra. Llegó el ejército al cerro de la cabeza del Puerco, ó sea de la Barrosa, al amanecer del 5; y de allí, hecho un corto descanso, prosiguió la vanguardia engrosada con un escuadron y fuerzas del centro, via del bosque y altura de la Bermeja. Quedó en el cerro del Puerco el resto de las tropas que componian el centro, y á su retaguardia la reserva; adelantándose por el flanco derecho el grueso de los ginetes. La marcha de las tropas en la anterior noche habia sido larga y sobre todo penosa, no calculados competentemente de antemano los obstáculos con que iba á tropezarse.

Desasosegaban á los franceses los movimientos de los aliados, inciertos del punto por donde estos atacarían y faltos de gente. La que tenia el mariscal Victor delante de la Isla y Cádiz no pasaba de 15,000 hombres, y ascendían á 5000 mas los que se alojaban en Medina, San Lúcar y otros sitios cercanos. Aseguradas las líneas con alguna tropa, interpolada de españoles juramentados (que unos de grado y muchos por fuerza, no dejaban en estas Andalucías de prestar auxilio á los enemigos), colocóse el mencionado mariscal en las avenidas de Conil y Medina, asistido de unos 10,000 hombres, en disposicion de acudir á la defensa de cualquiera de dichos dos caminos que trajesen los aliados.

Cerciorado que fué de ello, y despues de escara-

Batalla del
5 de marzo.

muzar las tropas ligeras de ambos ejércitos, se concentró Victor en los pinares de Chiclana, puso á su izquierda la division del general Ruffin, en el centro la de Leval, y á Villatte con la suya en la derecha, guarneciendo el último la tala y flechas que amparaban el siniestro costado de su propia línea enfrente de la Isla.

A este punto se dirigia la vanguardia española para atacar por la espalda los atrincheramientos y baterías enemigas que impedian la comunicacion entre el ejército de dentro de la Isla y el expedicionario. Con la mira de estorbar semejante manobra, habíase colocado el general Villatte delante del caño del Alcornocal y molino fortificado de Almansa, favorecido de un pinar espeso que ocultando parte de su tropa, dejaba solo al descubierto unos cuantos batallones apoyados en Torre Bermeja.

La vanguardia bajo el mando de Lardizabal atacó bravamente las fuerzas de Villatte: la pelea fué reñida, en un principio dudosa; pero decidióla en nuestro favor conteniendo al enemigo y cargándole luego con ímpetu el regimiento de Murcia al mando de su coronel Don Juan María Muñoz, y tres batallones de guardias españolas que con el regimiento de Africa llegaron en seguida, y dieron al reencuentro feliz remate. Villatte, repelido así, pasó al otro lado del caño y molino de Almansa, quedando de consiguiente franca la comunicacion con la Isla de Leon; aunque se retardó el paso por el

tiempo que pidió la reparacion del puente de Santi Petri, poco ántes cortado.

En el mismo instante la Peña que deseaba aprovechar la ventaja adquirida, y continuar tras el enemigo por el espeso y dilatado bosque que va á Chiclana, llamó hácia allí lo mas de su tropa, y dispuso que el general Graham abandonando el cerro del Puerco, se acercase al campo de la Bermeja distante tres cuartos de legua, y que cooperase á las maniobras de la vanguardia, dejando solo en dicho cerro para proteger aquel puesto la division de Don Antonio Begines, un batallon ingles á las órdenes del mayor Brown, y los de Ciudad Real y guardias walonas, unidos ántes á la reserva.

Victor que vigilaba los movimientos de los aliados, luego que notó el de Graham, y que caminaba este por el pinar con direccion al campo de la Bermeja, apareció en el llano; y dirigiendo la division de Leval contra los ingleses que iban marchando, se adelantó él en persona con las fuerzas de Ruffin al cerro del Puerco por la ladera de la espalda, posesionándose de su cima, verdadera llave de toda la posicion, y cortando así las comunicaciones entre la gente que habia quedado apostada en Casas Viejas, y las tropas que acababan los españoles de dejar en el citado cerro del Puerco, las cuales precisadas á retirarse, se movieron hácia el grueso del ejército.

Mostrábase ahora á las claras que la intencion del enemigo era arrinconar á los aliados contra el

mar y envolverlos por todos lados. El general Graham que lo había sospechado, confirmóse en ello al verse acometido, y al noticiarle el mayor Brown el movimiento y ataque que los franceses habían hecho sobre el cerro del Puerco. Para remediar el mal, contramarchó rápidamente el general británico: hizo que 10 cañones á las órdenes del mayor Duncan rompiesen fuego abrasador contra el general Leval á quien en consecuencia de la evolucion practicada tenían los ingleses por su flanco izquierdo, y mandó al coronel Andres Barnard empeñar la lid con los tiradores y compañías portuguesas. Formó además de los restantes cuerpos dos trozos: de estos uno bajo el general Dilkies acometió á Ruffin, otro bajo el coronel Wheatley á Leval. La artillería mandada por Duncan contuvo la division del último y causó en ella gran destrozo.

El mayor Brown se había aproximado por órden de Graham al cerro de que era ya dueño Ruffin, y ántes que Dilkies llegara había tenido que aguantar vivísimo fuego. Juntos ambos gefes arremetieron vigorosamente cuesta arriba, para recobrar la posicion defendida por los franceses con su acostumbrado valor. El combate fué porfiado y sangriento. Cayó herido mortalmente Ruffin, sin vida el general Rousseau, y los ingleses al fin encaramándose á la cumbre, se enseñorearon del campo de los enemigos. Huyeron estos precipitadamente, y Graham contento con el triunfo alcanzado no los persiguió, fatigada su gente con las marchas de

aquellos dias. Al rematar la accion llegaron de refresco los de Ciudad Real y guardias walonas, que ántes estaban con él unidos perteneciendo á la reserva, los cuales sin órden de la Peña acudieron adonde se lidiaba movidos de hidalgo pundonor.

Las divisiones de Ruffin y Leval se retiraron concéntricamente: en vano quiso el mariscal Victor restablecer la refriega: el fuego sostenido y fulminante de los cañones de Duncan desbarató tal intento.

El combate solo duró hora y media; pero tan mortífero, que los ingleses perdieron mas de 1000 soldados y 50 oficiales: los franceses 2000 y 400 prisioneros, en cuyo número se contó al general Ruffin, tan mal herido, que murió á bordo del buque que lo transportaba á Inglaterra.

Los enemigos durante la pelea quisieron tambien extenderse por la playa al pié del cerro de la cabeza del Puerco; mas se lo estorbaron las tropas de Begines y la caballería de Whittingham. Este no persiguió en la retirada cual pudiera á los franceses, que no tenían arriba de 250 ginetes. Solo los húsares británicos, que eran 180, se destacaron del cuerpo principal, y guiados por el coronel Federico Ponsonby embistieron con los enemigos. Whittingham dió por disculpa para no seguir tan buen ejemplo, el haber tomado por franceses á los españoles que habían quedado de observacion en Casas Viejas, y que se acercaron al campo en el momento de concluirse la batalla.

No cesó en tanto el tiroteo entre la vanguardia del mando de Lardizabal y la division de Villatte, quien tambien quedó herido. Los españoles perdieron unos 300 hombres, no ménos los contrarios.

La Peña no dió paso alguno para auxiliar al general Graham, ni se meneó de donde estaba, como si temiera alejarse de Santi Petri; cuyo puente al cabo se reparó, pudiendo el general Zayas pasarle y colocarse cerca de las flechas y molino de Almansa. Excusó la Peña su inaccion con haber ignorado la contramarcha de Graham, y con el poco tiempo que dió la corta duracion de la pelea. Pero pareció á muchos que bastaba para aviso el ruido del cañon y que ya que no hubiese el general español podido concurrir al primer momento del triunfo, por lo ménos encaminándose al punto de la accion hubiera su asistencia servido á molestar y deshacer del todo al enemigo en la retirada.

Desavenencias
entre los gene-
rales.

Graham, ofendido de tal proceder, y disminuida su gente y fatigada, metióse el 6 en la Isla, rehusó cooperar activamente fuera de las líneas, y solo prometió favorecer desde ellas cualquiera tentativa de los españoles.

En aquellos dias las fuerzas sutiles de estos al mando de Don Cayetano Valdes, sostenidas por las de los ingleses, se habian desplegado en la parte interior de la bahía, amenazando el Trocadero y los otros puntos del mismo modo que el rio de Santi Petri y caños de la Isla. En la mañana del 6 se verificó un pequeño desembarco en la playa del puer-

to de Santa María, y en la noche anterior Don Ignacio Fonnegra habíase posesionado de Rota y destruido las baterías y artillería enemiga.

Derrotado el mariscal Victor en el cerro de la cabeza del Puerco ó sea torre de la Barrosa, tomó medidas de retirada, y envió á Jerez heridos y bagages: llamó de Medinasidonia la division mandada por Cassagne, la cual no habia asistido á la batalla, y se reconcentró con lo principal de sus tropas en la vecindad de Puerto Real.

Por su parte la Peña no se atrevió á emprender solo cosa alguna, y entró en Santi Petri el 7 con con todo su ejército, excepto los patriotas de la sierra y la division de Begines que quedaron fuera, y ocuparon el 8 á Medinasidonia rechazando á 600 franceses que intentaron atacarlos.

Todas estas operaciones, y sobre todo la batalla del 5, excitaron quejas y recriminaciones sin fin. Miróse como fuente y causa principal de ellas la irresolucion y desconfianza que de sí propio tenia la Peña. Graham, aunque con razon ofendido de varias acusaciones que se le hicieron, llevó muy allá el resentimiento y enojo.

En las córtes se promovieron acerca del asunto largos debates. Muchos querian que en todos los casos de acciones ó sucesos desgraciados, se formase causa al general en gefe: opinion sobrado lata, pues las armas tienen sus dias, y los mayores capitanes han perdido batallas y equivocádose á veces en sus maniobras. Por lo mismo limitáronse las córtes á

Debates que
de resultas
hay en las
córtes.

decidir que la regencia investigase con todo el rigor de las leyes militares lo ocurrido en tan notable suceso, quedándole expeditas sus facultades para obrar conforme creyera conveniente al bien y utilidad del estado.

Nombró al efecto la regencia una junta de generales, la cual informó meses despues no resultar hecho alguno por el que se pudiese proceder contra Don Manuel de la Peña. En virtud de esta declaracion cierto era que no debia la regencia poner en juicio á aquel general; pero tampoco habia motivo para premiarle, como lo hizo mas adelante condecorándole con la gran Cruz de Cárlos III, y con la manifestacion de que así él como los demas generales y tropa se habian portado dignamente.

Resoluciones
en la materia.

Las córtes anduvieron por entónces mas cuerdas dando gracias á los aliados, y declarando que estaban satisfechas de la conducta militar de la oficialidad y tropa del 4.º ejército. De este modo no mentaron en su declaración al general en jefe, é hicieron justicia á las tropas y á los oficiales que se condujeron en los lances en que se empeñaron con valor y buena disciplina. Posteriormente instadas las córtes por empeños, y apoyándose en los dictámenes que dieron varios generales, manifestaron tambien quedar satisfechas de la conducta de Don Manuel de la Peña en la expedicion de la Barrosa. Resolucion que con razon desaprobaron muchos.

En sesion secreta agraciaron las mismas al ge-

neral Graham con la grandeza de España, bajo el título de duque del Cerro de la cabeza del Puercu. Al principio pareció aceptar dicho general la merced que se le otorgaba pues confidencialmente su ayudante y particular amigo Lord Stanhope así lo indicó, mostrando solo el deseo de que se variase la denominacion, teniendo en ingles la palabra Pig peor sonido que la correspondiente en español. Convínose en ello; mas luego no admitió Graham, ya fuese resentimiento del proceder de la regencia, ó ya mas bien, segun creyeron otros, temor de lastimar á Lord Wellington todavía no elevado á tan encumbrada dignidad.

Despues de lo acaecido, imposible era continúasen mandando en la Isla el general Graham y Don Manuel de la Peña. Explicaciones, réplicas, escritos se multiplicaron por ambas partes, y llegaron á punto de provocar un duelo entre Don Luis de Laey, gefe del estado mayor del ejército expedicionario, y el general ingles: felizmente se arregló la pendencia sin lidiar. Sucedió en breve al último en su cargo el general Cook, y á la Peña, contra quien se desenfrenó la opinion, el marques de Coupigny que vimos en Bailen y en Cataluña.

El mariscal Victor, pasado el primer susto, y viendo que nadie le seguia ni molestaba, volvió el 8 tranquilamente á Chiclana, y ocupó de nuevo y reforzó todos los puntos de su linea.

A poco empezaron los sitiadores á arrojar proyectiles que alcanzaron á Cádiz. Ya habian hecho

Bombardeo
de Cádiz.